



La Santa Sede

BEATIFICACIÓN DE MARÍA ENRIQUETA DOMINICI

HOMILÍA DEL PAPA PABLO VI

Domingo 7 de mayo de 1978

Venerados hermanos e hijos queridísimos:

La Iglesia entera está hoy de fiesta. porque puede presentar a la veneración y a la imitación de sus hijos y de sus hijas a una nueva Beata, María Enriqueta Dominici, de las Hermanas de Santa Ana y de la Providencia.

A primera vista, la vicisitud terrena de la Beata María Enriqueta —cuya biografía acabamos de escuchar— parece la ordinaria de una religiosa que vivió en la segunda mitad del siglo XIX, y consiguientemente vinculada y condicionada por una mentalidad que actualmente podría dar la impresión de superada.

Pero apenas nos adentramos en la profundización y en la contemplación de esta alma, descubrimos una riqueza, una fecundidad y una modernidad que nos fascinan y nos arrastran. En este sondeo espiritual nos sirven de ayuda tanto los testimonios de las personas que la conocieron y vivieron durante años a su lado, como la *Autobiografía* y el *Diario*, escritos por orden del director espiritual, y las numerosas *Cartas* que de ella se conservan.

María Enriqueta Dominici fue ante todo una mujer, una religiosa, que tuvo y experimentó de manera fuerte y viva el sentimiento de la *fragilidad esencial del ser humano* y el *sentido de la absoluta grandeza y transcendencia de Dios*. Es el mensaje fundamental que, ya en el Antiguo Testamento, encontró en el libro del Profeta Isaías una de sus más altas expresiones teológicas y poéticas: "Toda carne es hierba, y su belleza como flor campestre... Se agosta la hierba, se marchita la flor, pero la palabra de nuestro Dios permanece por siempre... El Señor es un Dios eterno y creó los confines del orbe" (*Is 40, 6. 8. 28; cf. 1 Pe 1, 24*). La grandeza de Dios pone de

manifiesto, por contraste, la pobreza esencial del hombre; éste, por tanto, sólo llega a ser algo en la medida en que reconoce su dependencia de Dios, y vale en la medida en que conscientemente actúa a la luz de la voluntad del Altísimo.

Un mensaje claro que afecta profundamente en particular al hombre contemporáneo, el cual escucha, a todos los niveles, el eco de las contestaciones originadas por el fenómeno de la secularización.

María Enriqueta Dominici comprende desde muy joven que vale la pena consagrar por entero la propia vida a Dios, y —como ella misma nos confiesa— se deleitaba "en el deseo siempre creciente de ser buena y de servir al Señor de todo corazón"; y, haciéndose eco de las célebres palabras de San Agustín (cf. *Confesiones*; I, 1), reconoce: "Solamente mi Dios podía llenar y saciar mi pobre corazón; todo lo demás no me importa".

Pero Dios, a quien desde niña buscó y encontró y al que quiere servir durante toda la vida, se le presenta como el Padre de amor infinito. Discípula de Cristo, María Enriqueta, en sus escritos, en sus cartas, en sus conversaciones, llamará a Dios con el nombre familiar de "Papá mío", y con una sencillez y seguridad que sólo las almas llenas de fe pueden tener, escribía: "Me parecía reposar toda en el regazo de Dios como una niña que duerme tranquilamente en el regazo de su madre: yo amaba a Dios, y casi diría, si no temiese exagerar, que saboreaba su bondad".

La entrega a Dios en la vida religiosa lleva consigo un abandono absoluto a su voluntad (cf. *Mt 7, 21*). María Enriqueta decidió cumplir siempre, a toda costa, la voluntad de Dios: "Soy toda de mi Dios y El es todo mío. ¿Qué puedo temer?, —escribe—. Y, ¿qué no podré hacer y padecer por su amor, siendo toda suya?... Dios mío, quiero hacer vuestra voluntad y nada más".

Este, nos parece, es el primer aspecto saliente de la figura espiritual de la nueva Beata; aspecto esencialmente religioso, que supone un doble reconocimiento simultáneo: el de la infinita transcendencia del Dios inefable, y el no menos inefable de la intimidad que Dios mismo concede, por la misteriosa mediación de Cristo, a quien no la rehúsa autorizando a dirigirse a El con el nombre supremo y confidencial de Padre, que infunde en nosotros el espíritu y el lenguaje de hijos privilegiados de la adopción (cf. *Rom. 8, 15; 9, 4; Gál 4, 5; Ef 1, 5*).

Además de este primer aspecto, que podríamos llamar teológico, de la Beata María Enriqueta Dominici, nos parece que debemos poner de relieve otro aspecto suyo característico (si bien compartido por no pocas figuras religiosas de su tiempo), a saber, el ascético, propio también de la vida religiosa.

La consagración religiosa implica asimismo despojo, abnegación de sí, renuncia, sufrimiento, porque la religiosa ha de ser la esposa fiel que sigue a Cristo en su camino hacia la cruz (cf. *Mt 16, 24; Lc 9, 23*). Ya en los propósitos de su profesión religiosa, María Enriqueta, convencida del

valor incomparable de la "sabiduría de la cruz", escribía: "Haré a menudo mi morada en el Huerto de los Olivos y en el Monte Calvario, donde se reciben lecciones importantísimas y muy útiles".

Siendo jovencísima había soñado con el claustro. Pero Dios tenía otro planes. A los 21 años ingresó en el instituto de las Religiosas de Santa Ana y de la Providencia, obra que había surgido en Turín el año 1834 por iniciativa del piadoso matrimonio piamontés Carlo Tancredi y Giulia Colbert, marqueses Falletti di Barolo, con la finalidad de ofrecer un educación adecuada a las muchacha de familias menos pudientes.

A esta congregación, cuyas finalidades espirituales sintonizaban con las exigencias de los tiempos, madre María Enriqueta dio, en sus 33 años de generalato, un impulso y un ardor extraordinarios, con excepcional apertura y lúcida visión de los problemas urgentes de Italia y de la Iglesia en aquel período complejo e intrincado que va del 1861 —año en que la Beata fue elegida por primera vez superiora general— al 1894, año de su piadoso fallecimiento.

En su vida religiosa, primero como novicia, luego como profesa y más tarde como superiora general, la Beata vivió con gozosa generosidad la plenitud del mensaje evangélico: la pobreza, la castidad y la obediencia, demostrando que la vida consagrada, lejos de encerrar al alma en una especie de fortaleza individualista, le abre horizontes insospechados e inexplorados, y le da misteriosas capacidades de fecundidad interior.

El tercer aspecto, que nos parece muy digno de relieve en la nueva Beata, es el social: María Enriqueta confirmó asimismo, una vez más, la gran verdad evangélica de que el auténtico amor a Dios es también verdadero amor al prójimo, especialmente a los pobres en el cuerpo y en el espíritu (cf. *Mt* 25, 34 ss.; *Jn* 15, 12 ss.; *1 Jn* 2, 10 ss.; 3, 16. 23). Su gran modelo es siempre Cristo: "Vivir para Jesús, padecer por Jesús, sacrificarse por Jesús".

La Beata María Enriqueta amó inmensa y tiernamente a su congregación, a la que —bajo su guía— vio crecer y dilatarse de modo admirable hasta las misiones en la India; amó a sus "queridísimas hijas"; amó a los niños, a las muchachas mediante las variadas y geniales iniciativas del instituto; amó a la Iglesia y al Papa; amó y oró por su patria, en un período en que las relaciones entre Piamonte y la Sede Apostólica se hacían cada vez más difíciles y complejas.

Sus últimas palabras, dirigidas a sus hermanas antes de dejar esta tierra, fueron: "Recomiendo la humildad... y la humildad".

Creemos que en esta frase suya, sencilla y suprema, se sintetiza el gran mensaje que la nueva Beata dirige a los contemporáneos.

Humildad que, con relación a Dios, se convierta en adoración. El hombre aprenda de nuevo el gesto fundamental de la fe religiosa, que no lo humilla, antes lo engrandece, porque le hace

reconocer su dimensión esencial de creatura. "La fe es oscura —escribía la Beata—, pero nos deja siempre luz suficiente para caminar hacia Dios".

Humildad que, con relación a los demás, se convierta en caridad, servicio, solidaridad, convivencia armoniosa y paz, con la consiguiente repulsa, a nivel personal y social, del abuso y de la violencia.

Humildad que, con relación a la Iglesia, se convierta en amor y docilidad, con el convencimiento de que ella es "en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (*Lumen gentium*, 1).

Humildad que, con relación a nosotros mismos, se convierta en conciencia serena de que nuestra existencia humana sólo puede adquirir su significado global y auténtico si nos incorporamos al designio amoroso de la voluntad de Dios: "Querer lo que Dios quiere, como Dios lo quiere y hasta que El lo quiera". Son palabras de la Beata María Enriqueta que confiamos a vuestra reflexión.

¡Así sea!